

Haciendo el camino

Diego Valadés

El sugerente título de esta obra, *El camino de la democracia en México*, proviene de un lúcido examen del proceso histórico nacional abordado desde la perspectiva de la construcción de nuestro sistema democrático. Largo, difícil, a veces inseguro, el camino de la democracia en México ha conocido cumbres y abismos, páramos y vergeles, en tiempos de calma y de borrasca.

La idea de convocar a un distinguido grupo de especialistas y la compilación de los trabajos correspondió a la directora general del Archivo General de la Nación. Esta obra, para cuya publicación asocian sus esfuerzos el Archivo, la Cámara de Diputados y el Instituto de Investigaciones Jurídicas de la UNAM, recoge trabajos que ilustran sobre el concepto de soberanía, esencial para la democracia; abordan los aspectos electorales a través de cuyas instituciones la democracia se expresa y garantiza; examinan el papel de

* Director del Instituto de Investigaciones Jurídicas, UNAM.

Diego Valadés

los partidos, instrumentos de participación sin los que resulta imposible la democracia, y definen el alcance de la cultura política como requisito para la consolidación democrática. La importancia de esta obra reside en que presenta la democracia como un proceso. Derecho, política, sociología e historia, se entretajan a lo largo de estas páginas para denotar que la democracia sólo es posible merced a una construcción cuidadosa, ordenada, constante. Parafraseando a Croce, podría decirse que si la historia es una hazaña de la libertad, la democracia es una hazaña de la historia.

En la compleja historia de todas las sociedades, la democracia ocupa apenas un reciente y todavía breve capítulo. Los empeños griegos dejaron un legado fecundo de ideas, pero en el registro de los hechos apenas representaron un paréntesis entre largos periodos de dureza política. Los Pisístratos fueron más frecuentes que los Pericles. La Edad Media, tan deturpada por desconocida, vivió procesos predemocráticos que, paradójicamente, sepultó el Renacimiento con la aparición del Estado moderno, centralizador, absorbente y, por mucho tiempo, absoluto.

En realidad, sin que esto suponga desconocer la importancia de las revoluciones británica y americana, la democracia europea es un proceso típicamente decimonónico, y la democracia latinoamericana es apenas un fenómeno veintiseccular, no del todo consolidado que, sin embargo, hunde sus raíces en el siglo precedente. Así se demuestra, por lo que a México respecta, en esta obra.

Hablar del camino de la democracia es una buena manera de aludir a la naturaleza dinámica de un sistema político al que hace fuerte su propia vulnerabilidad: la garantía de las libertades individuales y públicas. La fragilidad de las autocracias reside en que sus impugnadores carecen de voz; la debilidad de las democracias está en que sus enemigos son muy vociferantes. Por eso las autocracias tienen que apoyarse en el poder personalizado y centralizado, mientras que la democracia es tanto más efectiva cuanto más institucionalizado y descentralizado está el ejercicio del poder.

La autocracia tiene otra gran diferencia con la democracia: se erige y consolida con rapidez, y por la voluntad de unos pocos; por su parte, la democracia demanda de muchos y prolongados esfuerzos. La ventaja es que las autocracias también pueden ser abatidas con diligencia, incluso de manera

pacífica, como han demostrado numerosas transiciones recientes, en tanto que desmontar la estructura democrática de un Estado exige largo tiempo o considerable violencia.

El camino de la democracia, por otra parte, no se agota. Ninguna democracia ha dejado de evolucionar. La democracia es un sistema que se alimenta del futuro, a diferencia de la autocracia, que sólo lo hace del pasado. En el caso de este volumen, la historia no es un reclamo para la democracia sino un sustento; es una forma de advertir cómo, paso a paso por el camino, ha ido fincando las bases para hacer previsible su consolidación.

En ese sentido, el camino, que viene desde muy atrás, idealmente ha de seguir hasta muy adelante. Consolidar la democracia es apenas hacerla viable y duradera; luego tendrá que venir otra etapa. En una primera fase, la democracia es un proceso de legitimación del poder que se consigue a través de los partidos y de procesos electorales libres, confiables, seguros, periódicos y universales; en una segunda etapa, exige llenarse de contenido programático para ir siempre más allá; es la transformación del *plus ultra* majestático en precepto democrático. Es el camino que sigue.

Por eso, las democracias ya consolidadas tienen, en nuestro tiempo, el difícil desafío de ampliar sus contenidos a pesar de que las tendencias dominantes marchan en sentido opuesto. Los argumentos adversos a la idea de bienestar colectivo como responsabilidad del Estado, y las tesis de que mercado y democracia se implican recíprocamente, constituyen el eje de una tendencia que más que contravenir la expansión del Estado burocrático, afecta los procesos democráticos. Gracias a esas posiciones se ha abierto paso la idea de una democracia meramente instrumental, sin contenidos ni compromisos.

Pero la democracia sólo se justifica en tanto que garantiza un ámbito de libertades que permiten construir instituciones adecuadas a la consecución de otras aspiraciones humanas: acceso a la justicia, a la riqueza y a la cultura. Por ello, los autores de este libro nos dicen cómo se ha trazado el camino de la democracia en México; a cada lector le corresponderá decidir cómo lo seguirá recorriendo.

Ciudad Universitaria, diciembre de 1998